

ENA LUCÍA PORTELA  
El pájaro: pincel y tinta china

*bokeh* \*

Primera edición, 1999 (La Habana: Unión)

© Ena Lucía Portela, 2016

© Fotografía de cubierta: Elisa Gallego Rooseboom, 2016

© Bokeh, 2016

Leiden, NEDERLAND  
[www.bokehpress.com](http://www.bokehpress.com)

ISBN 978-94-91515-51-4

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## VII.

### EN EL CANSANCIO DE LOS MUERTOS

El traje invisible.

–Según mi experiencia, que ha sido breve pero intensa, no todo es signo, no todo habla de la misma manera –afirma el orador mientras, desde un público meticulosamente aburrido, alguien piensa que expone sus ideas, si a eso se le puede llamar ideas, de un modo muy torpe.

En efecto, el orador camina de un extremo a otro del estrado y va tropezando con las irregularidades del suelo y del lenguaje. De la incoherencia telúrica a la verbal como tránsito hacia un dulce estilo nuevo, quizás más ensayado frente al espejo de lo que uno podría suponer.

–El texto cita y expone explícitamente –dice el orador sin regatearle derechos a la equis– el tercer nivel de *vraisemblance* para reforzar su autoridad en un juego con las convenciones genéricas en lo que pudiéramos llamar una «versión de pseudoparodia».

Como si estuviera en chino. Nadie entiende ni media palabra. Pero todos, mediante diversas expresiones, fingen entender, y lo que es más, fingen estar de acuerdo –tal vez porque simular la oposición les resultaría mucho más difícil. Los más viejos lo hacen con un esfuerzo entre la inconformidad y el abandono, con una rigidez donde amarillea todo su cansancio de espectros universitarios casi decimonónicos, de fósiles inevitablemente refractarios a las «novedades» y a cualquier forma del conocimiento en general. Ignoran, entre otras cosas, que Propp, descubierto por Barthes a

partir de Lévi-Strauss, hizo posible la vinculación de la semiología con un objeto literario, el relato. Pero no se limitan a ignorar, lo cual, después de todo, no tendría ninguna importancia, pienso, sino que ignoran de una manera culpable, vergonzante, *closed*. Se preguntan qué coño será la semiología esa que viene con tanto ruido a perturbar su reposo. Miran a las paredes verdes y todo el siglo se les hace agua entre las manos, se les convierte en una insoportable «novedad».

—Pseudoparodia —repiten muy serios.

Los más jóvenes, en cambio, fingen llenos de entusiasmo. Son la estampa misma de la vitalidad. Tampoco ellos saben que Julia Kristeva, la extranjera, transfiguró el panorama psicológico al aportar los conceptos de «parapragmatismo» e «intertextualidad», ni que Derrida, el cabalístico, hizo retroceder ferozmente la noción misma de signo al postular el desplazamiento de los significados, la falta de un centro en las estructuras. No lo saben, pero si alguien los informara al respecto, serían capaces de repetirlo hasta el infinito como si fueran los sucesos más importantes de sus propias vidas. Tal vez lo sean, ¿por qué no? Yo mismo cito de memoria frases insólitas que leí una vez, no recuerdo dónde, o que escuché de alguien en algún lugar y que entonces me parecieron sonoras y bonitas. No es serio, ya lo sé. Pero no me importa. Lo hago porque me gusta. Yo cito alegremente, sin preocupaciones de ninguna índole.

Los más jóvenes, decía, apenas se dan cuenta de que visten un disfraz, de que en realidad se trata de un juego, de una ilusión escénica. Hay sentencias que, de ser pronunciadas con la firmeza, con la seguridad y la beligerancia que corresponden, lo hacen sentir a uno el gran tipo, el terror de la gente pacífica, el pánico del buen salvaje. El Batman. Estos muchachos tienen una especie de radar, de antena parabólica para tales enunciados. Los captan a las mil maravillas y, si te ven desprevenidos, te los lanzan por la cabeza sin la menor piedad.

Por algún motivo a ellos les gusta que les hablen de Wittgenstein, sobre todo cuando alguien lo llama «el viejo Ludwig». Algunos llegan incluso a creerse, si no hijos, al menos sobrinos del viejo Ludwig. Yo percibo algo encantador, sublime casi, en esa actitud. Cuando se les dice, por ejemplo, que en el *Tractatus* el término «texto» puede englobar incluso a la realidad misma (dada socialmente), sus ojos brillan de júbilo. Pero lo que presenciamos no es un renacimiento del positivismo lógico, de ninguna manera es un renacimiento, no tienes por qué creer eso.

Camila observa al orador con gran atención. El individuo es tartamudo y grandote como un tamal deforme y peor envuelto. La paja de maíz se sale por todas las costuras, vaya espantajo. ¿Tendrá la boca llena de piedras? ¿Tendrá algo en contra de las sanas intenciones panhelénicas de Filipo de Macedonia? ¿Y si se traga una piedra? No debe ser fácil pronunciar la palabra *vraisemblance*, piensa, uno corre el riesgo de atorarse por el camino.

Quizás la perspectiva no sea del todo buena, pues la sacerdotisa es bajita y, para colmo, ignora con un descaro ejemplar que Foucault, el que murió de SIDA (y cuyo nombre junto al de Rock Hudson y otros pioneros, está inscrito, quizás para dar fe de su apostolado, allí donde se inscriben los nombres de los que mueren de SIDA), acentuó primero el proceso del signo al otorgarle un lugar histórico pasado. No importa que se lo repitan una y mil veces: definitivamente no se le pega.

A ella le parece muy valiente por parte del orador su manera de mostrar tan a las claras el redondo desprecio que le inspiran todos los presentes. Porque hay ciertas cosas que para decir las uno necesita despreciar mucho a su auditorio. Como los célebres estafadores que inventaron el nuevo traje del rey, el traje invisible que sólo podían ver aquellos cortesanos que, sin haber estudiado Lingüística ni nada, estimaran como es debido los trabajos de Chomsky, el tipo más brillante del siglo.

–La instancia del texto no es la significación –continúa el orador, sino el significante, en la acepción semiótica y psicoanalítica del término.

Camila, sin dejar de vigilar, se pregunta si el ser tartamudo no podría llegar a convertirse en un grave problema moral. En ese caso, piensa, habría que decirle «gago».

«Este tipo es un diletante carcomido por un saber de segunda mano. Pretende, con esa cara durísima, hacer pasar como suya la experiencia de los franceses. Piensa que somos analfabetos y que nos chupamos el dedo gordo del pie», dice la nota que un tipo del público deja ver a la muchacha de al lado como si fuera un mensaje de amor.

–Déjame, viejo –dice ella–. Déjame oír esto, que no sé nada de la postmodernidad.

–¿De la qué...?

–Cállate, anda. No seas así.

Ella ignora, de más está decirlo, que ya Lacan, el pesado, el que seguro también tenía a alguien que le dijera «No seas así», se apareció un buen día con una linda y acabada teoría sobre la escisión del sujeto, sin la cual el lugar desde donde se habla sería apenas un misterio o, al menos, lo pretende. Por ejemplo, si adivinas quién soy yo, te doy un premio.

«Bueno», se consuela el tipo, «seguro que todo esto nos lo hemos merecido. Ninguno de nosotros es bueno. Toda bofetada está bien dada. Te propongo comenzar pegándole a un corruptor de menores, te sentirás plenamente justificado y así vas acostumbrando la mano. Todo es posible a partir de lo que somos ahora». Como dentro del aula no se permite fumar, extrae de la carpeta una agenda con ilustraciones de la época victoriana para anotar en ella sus pensamientos.

Camila, quien ha irrumpido en esta espaciosa aula de la bienaventurada Facultad de Artes y Letras sin saber cómo ni cuándo,

casi en pleno delirio de pies locos y suelo de espuma, percibe ahora todos los detalles con nitidez anormal. Las paredes no son verdes como suponían los más viejos. Se trata de un caso de daltonismo colectivo. Las paredes son rojas, lo cual no hubiera dejado de complacer a Poe. Un aula con paredes rojas le parece un sitio de lo más asqueroso.

Se siente tentada a concederle al orador la elocuencia propia de los hombres de la niebla, un fantasma dentro de otro. Eso lo ha leído en alguna parte, no recuerda dónde. Tal vez proviene de sus días de teatro –porque hubo días de teatro aunque nadie lo recuerde. Es justo lo que corresponde a ese personaje, piensa, que garabatea en la pizarra –¡de espaldas se parece tanto a la pizarra!– algo sobre el *sfumato* de los límites o la imposibilidad de una ontología o de un escritor moderno. Repite mucho la frase «escritor moderno», lo cual la hace pensar a ella que se trata de un conjuro mágico de múltiples e insospechados sentidos. De un *mantra*. ¿Será un «escritor moderno» la persona a quién ella busca? Ojalá que no, pues según el orador, mejor dicho, según cree ella entender que dice el orador, eso es una cosa horrible.

–Un escritor moderno es un ser retórico, exuberante, verboso, palabrero, sin conciencia alguna de la economía –afirma el orador–. Como diría un amigo, «el escritor moderno escribe, no inscribe».

A la sacerdotisa se le escapa la diferencia entre una acción y otra. Piensa que tal vez radica en el soporte utilizado: se «escribe» sobre el papel y sus derivados (la computadora también necesita papel) y se «inscribe» sobre la piedra. No comprende por qué una cosa tiene que ser peor que la otra –ambas pueden ser espantosas en dependencia del autor–, aunque, por supuesto, el papel resulta mucho más «moderno».

Los garabatos y fórmulas que el orador «inscribe» en la pizarra semejan una composición informalista, cada vez más compli-

cada, donde Camila de nuevo se propone descubrir cuerpos, latencias, enanos y sirenas de trapo que se escudan ahora tras la más citada de las frases, tanto así, que hasta yo la cito (ver en alguno de los capítulos anteriores), obra de un pe-pensador, un fi-filósofo, escu-cuela de Vi-viena. Ninguno de nosotros estuvo allí, ¿cómo creer en eso?, piensa ella y alguien susurra que Viena está de moda.

—Sí —añade otro—, los judíos y los homosexuales también están de moda.

—¡Ojalá! —suspira un homosexual.

«Dentro de cien años todos estaremos muertos», anota el de la agenda.

El orador, no sin antes referirse, así, de pasada, a los trabajos de *Tel Quel*, cede la palabra a un rubio diminuto, capirro y parecido a un oso de peluche, pues el cartel de la entrada anunciaba, entre faltas de ortografía y grotescos adornos de papel fosforescente, dos conferencistas postmodernos —como quien dice, dos marcianos—, una exposición de fotografías eróticas con modelos, hombres y mujeres, mayores de ochenta años, una película de Wim Wenders y un grupo de danza folklórica. Lo que se dice una animada vida cultural.

El ex orador se seca ahora el sudor de la frente con un pañuelo rojo tan inquietante como el de un lagartijo en celo.

Hablar de todas esas personas famosas y decir además lo que uno piensa acerca de la postmodernidad y no sé qué más, puede representar un esfuerzo sobrehumano para un tartamudo rodeado de imbéciles. Su actitud le va pareciendo cada vez más solemne a la sacerdotisa hiperestesiada, quien le concede, además, un porte de icono bizantino, de imagen de la Iglesia Ortodoxa. ¿Será el suyo el cuerpo buscado? Probablemente no. Ella no lo imagina escribiendo cuentos sobre personas alegres, cuentos joviales. Debe ser un «amargacho», piensa, un incorregible llorón. A algunos

hombres conviene despojarlos de sus experiencias breves pero intensas. Eso los mejora.

El discurso del oso de peluche también resulta ininteligible. Sobre todo por su dicción horrisona donde vibrantes y laterales se intercambian para producir metátesis inauditas y posiblemente únicas, y también se neutralizan o se omiten en una articulación relajada. Como si el español no fuese su propia lengua –aunque no, sólo un hispanohablante empedernido puede ser capaz de ciertos desastres–, las vocales tampoco suenan demasiado bien. Parecen desteñirse, contaminadas unas con otras, y nadar en una sopa que gira y gira en el interior de una lavadora, «No sabe colocar la voz», piensa Camila, «chilla como si alguien borrara la pizarra con un periódico seco, como si se le fuera a acabar el mundo. Parece una persona que no se llevara bien consigo misma, un hombre acosado por su propia locura».

El público permanece inalterable bajo las miradas iracundas del osito, quien da un puñetazo sobre la mesa y se declara autor neobarroco. Nadie se lo discute. Insiste en que La Habana es una ciudad enferma, afirmación que haría las delicias del Dr. Schilling. Tiene dermatitis, creo que dice. O sífilis, ¿quién sabe lo que estuvo haciendo La Habana durante los últimos carnavales con tanta gente jovial regada por ahí? La verdad es que a nadie parece importarle, son todos tan ruines y tan egoístas que ni siquiera parecen afectados por la noticia, aunque, eso sí, no dejan de fingir comprensión. Como si quien tuviera sífilis fuera el osito y no la ciudad. «Este tipo es un histérico de mierda», dice la nota o # 2 del vecino de la muchacha.

–El pobre –comenta ella–, lo que tiene es que está nervioso. ¡Tú siempre estás criticando!

El oso de peluche, intolerante con los murmullos, los mira como si quisiera convertirlos en ranas. La muchacha se estremece.

–Tienes razón, es un psicópata.

La sacerdotisa, ojerosa y agotada en una esquina, busca en ese rostro, en esa frecuencia, en esa forma de mirar algo desquiciada, un indicio que delate a Emilio U, ensayista y narrador, quizás *vedette*, Camagüey, 1967, todo según la última página del anexo «Sobre los autores». Pero los ojos claros del osito, con su furor translúcido, sólo permiten entrever un cerebro del mismo no-color. Vacío. No es que Camila busque a un Emilio inteligente –o, al menos, inteligible–, buen tipo y todo eso, el perfecto caballerito francés. No, ella ni siquiera sabe lo que busca. Emilio U puede ser cualquiera, sólo que la sacerdotisa no se siente capaz de reconocer las señales del vacío, sobre todo ahora que los párpados y el cuerpo mismo empiezan a pesarle.

El osito chirriante balbucea. Mira, tal vez en la primera fila, a la muchacha de la valija, que puede ser su amante o su rival o una transeúnte. Teme una virtual rebelión del público, en especial de los más jóvenes, y hace bien en temer, aunque, según una agenda victoriana, él y los presentes se merecen mutuamente. Parece agobiado por la imposibilidad de los signos de esta tarde triste y llena de risas, donde la sacerdotisa, con la piel fría y cenicienta, pugna por salir a flote.

La imposibilidad de los signos podría ser esa carencia, tan femenina según Fabián, que se extiende por todas partes con su morbo infalible hacia el fin del milenio que destruyó la escalera sin haber ascendido por ella, sin llegar a saber qué le esperaba, si acaso le esperaba algo, tras el último peldaño. Pero esto es lástima, me digo, sentimiento de prostituta para Nietzsche, sentimiento equivocado para Fabián, quien no se cree en condiciones de compadecer a nadie después de todo lo ocurrido y por eso se ahorra estas conferencias con tartamudos y psicópatas.

El osito apresura sus lamentos hasta concluirlos con la certeza dubitativa de un político a punto de caer en desgracia. No usa

pañuelo y el sudor le pega la camisa al cuerpo todo cubierto de pelos. Es un mamífero.

Camila se levanta demasiado rápido y de repente todo se llena de sombras en un conato de vértigo o de viaje hacia adentro. Es así como el imaginario pedestal se convierte en escalera rodante y como sobreviene la oscuridad y la sorprende sin velas. El viejo bolso de yute, lleno hasta el tope de trastos inútiles –otro día te hablaré de ellos– y objeto de burla de media beca cuando ella apareció con él por primera vez, cae al suelo primero.

Allí permanece la sacerdotisa sin que nadie parezca advertirlo, como si no hubiera para ella mejor lugar, hasta que todo termina con salvas y aplausos y gente corriendo por los pasillos para agarrar los mejores puestos en lo de Wim Wenders. Camila es precisamente el tipo de muchacha cuyo vestido el azar (o el Diablo) puede rasgar de arriba abajo en un salón bien concurrido, o cuyo Kótex manchado puede resbalar hasta sus pies en el medio de la calle a las doce del día.

Desde su ángulo singular, aunque no desconocido para ella, la Mirada se enreda ahora entre innumerables patas de muebles, patas humanas, colillas, montoncitos de cenizas, cabos humeantes y hasta una cucaracha albina, visión que obliga a la sacerdotisa a recuperarse, recoger el bolso y reasumir su verticalidad antes de que los presentes, como otras veces, empiecen a decir «Mira a esa, ¡qué snob!» Tienden a creer que uno está en el suelo a propósito, para hacerse el interesante.

Arrastrando los pies se aproxima a los conferencistas –hasta una distancia prudencial, no hay por qué exagerar–, quienes conversan con la profesora que los ha invitado y con algunos individuos más. Escucha que el osito se considera un hombre cínico que irá neobarrocamente esa noche a un concierto de Fito Páez. Camila no recuerda en qué momento el cinismo, la vida de perros, dejó de ser considerado un defecto cochambroso para convertirse en

una virtud, pero ante el hecho consumado parece alegrarse, ¡si lo hubiera sabido antes! El hombre, la bestia y el cinismo. No suena mal. Piensa que tal vez le gustaría acompañar al osito, pero duda mucho que alguien la invite. Ni siquiera la miran. Sólo tú y yo sabemos que ella está ahí.

Le digo al tartamudo que no he perdido el referente, que le debo un homenaje y que voy a «escribir» algo sobre él en el capítulo séptimo de una novela que imagino. Mi novela será retórica, exuberante, verbosa y palabrera. Sin conciencia alguna de la economía. Pero eso no importa. Se la ofrezco de todo corazón. Porque yo sé que, a pesar de todo, él es un tipo admirable, digno del mayor respeto.

Pone cara de espanto, de incredulidad, mueve las manos en aparatosas actitudes anglosajonas como quien desea apartar de sí una pesadilla. (Me lo ha dicho el I'Ching y creo que no hay remedio: siempre seré la pesadilla de alguien). Quizás en el fondo no me crees porque... bueno, porque hay personas así de incrédulas. Digo bien alto su nombre para que la sacerdotisa lo escuche y sepa a qué atenerse. Ella suspira y se vuelve hacia el oso de peluche en espera de la palabra reveladora...

En otros rincones del mundo, al menos según nos enseñan tantas películas americanas muy parecidas entre sí, esa clase de investigación que enlaza al perseguidor con la otra persona —de la cual nada se conoce excepto el detalle no muy preciso que la hace única, imprescindible—, esa pesquisa que juega con la idea de los grados de separación, con el escondite del Mesías entre los leprosos, cochinos, desgarbados y demás habitantes de Judea, o con cualquier otro ensueño sociológico, desafío a la ilusión cotidiana y al sentido del ridículo —el ridículo existe por sí mismo, está ahí, nadie puede «hacerlo» porque ya está hecho y, de alguna forma, todos participamos de él, procura crear el perseguidor—, puede realizarse a través de archivos, bibliotecas especializadas,

anuncios, ordenadores y agencias de sabuesos más o menos competentes cuyos carteles se leen invertidos en el cristal de la puerta.

El cine europeo –siempre el cine– como en una partida de póker ofrece un abanico de otras opciones, de otros caminos para llegar a la Persona. Ellos son, si no más eficaces, al menos más misteriosos o más poéticos. Está ése de permanecer sentado en una silla con las manos en los bolsillos del impermeable toda una noche en Ámsterdam, o ese otro de acudir en góndola a una cita fantasma bajo el Puente de los Suspiros, en Venecia, o atravesar tal vez desesperado (con una saludable desesperación) las muchedumbres y el rocío de Londres con un pañuelo blanco amarrado al cuello y quizás la canción de Blondel (perseguidor afortunado) zumbando en los oídos, o incluso esperar a que amanezca en una de las ciudades del Mediodía con el cigarro encendido y los ojos medio cerrados a ver si la Persona elige –por azar inconcebible o quizás por leyes aún más inconcebibles que el azar– precisamente nuestra puerta.

Si la Persona desapareció en el transcurso de la guerra –ya se sabe, la Guerra– o durante alguna catástrofe y se fugó más tarde (se la había juzgado en contumacia, se la había condenado a muerte) con todos sus crímenes y los fondos del partido y se hizo otra en Brasil o en la pampa gringa, mejor todavía: ya no la encontraremos y esa certeza tendrá el sabor inigualable de todo aquello que perdimos para siempre. Y aunque la guerra está muy lejos y el viejo nazi probablemente ya no existe, no hay motivos para quejarse, pues tenemos una historia, otra Telemaquia rebo-sante de intriga novelesca donde el motivo de la búsqueda por momentos se oscurece hasta alcanzar en ocasiones su eclipse total y definitivo.

El perseguidor sabe que todo eso sucede en un espacio urbano, no sólo porque odiaría recorrer otro –es una rata de ciudad, impaciente con el rumor de la campiña y el valle plateado de luna–, sino

también porque la mejor manera de ocultarse consiste en caminar por allí, en obsequiar a todos con tu silueta corriente y tu mirada inexpresiva, fugaz, en ese lugar donde todo el mundo te ve sin mirarte y nadie conoce tu nombre ni el color de tus zapatos. Allí donde nadie puede recordar tu cara, tan parecida a la cara de un desconocido. Y, aunque ignoras tu condición de perseguido, te escondes porque sí, porque lo que se esconde es lo mejor, piensas, y tú eres un bicho astuto.

El perseguidor recorre la ciudad. Intenta leerla, abrirse paso entre la maraña de símbolos, descifrar en el trazado de sus calles y plazas –la disposición de sus tejados y adoquines, que traen a la memoria los brillos y las sombras, la opacidad, el mamey y el verde de tantos niños pintores: balaustradas, campanarios y pequeños desiertos de ortiga, piedra y huellas (!) entre los edificios nuevos, etcétera– las noticias de un arcano urbanismo que sin duda incluyen a la Persona.

La ciudad envuelve al perseguidor. No puede evitarlo porque ella lo envuelve todo, o casi todo. Lo hace con sus pájaros, ya sean grises o lluviosos (pincel y tinta china, grabados), con sus árboles y sus relojes que aprisionan los gritos, óxidos, pudriciones y derrumbes de sus días y noches. Con sus montones de basura y la entrada de sus diversos cristos, con sus rutas para aventureros, o para turistas y mendigos, calor y polvo, lugares y cosas manchados de todo lo que mancha y no precisamente sucios, porque la ciudad no es sucia, existe más allá de sus naturalezas semivivas y de sus alcantarillados. Con los rostros de su gente dormida.

El perseguidor sabe que la ciudad, lo mismo que el bosque, no tiene espíritu. Ese es un invento de los poetas, una prosopopeya voluntariosa que venimos repitiendo desde hace más de veinte siglos y que se ha convertido en una verdad de primer orden para los panteístas y la mayoría de los civiles, ya sean incautos o veteranos. Se trata de un lugar común, de una manera de vivir,

de sentirse parte de algo inexpresable. No es fácil, lo sé, sustraerse a una creencia de semejante envergadura, pero lo cierto es que la ciudad no protege ni condena, no juzga ni aconseja, está simplemente ahí. Es un espectador silencioso y casi anónimo. No tiene nada que ocultarle al perseguidor porque él mismo, animal errante y un poco rapaz, es una de sus prolongaciones, le pertenece. Ya quisieran parecerse a la ciudad muchos de esos juglares antropocéntricos que andan por ahí, viviendo de ella.

De capital a capital, no importan el clima o el hemisferio o la mitología de los atributos específicos –podría mencionar varios, pues La Habana es prolífica en ellos, pero no lo haré, porque se trata de señales falsas en el camino, de marcas idénticas a las de Roma, San Petersburgo o New York, rasgos siempre inherentes a la cultura de ciudad– la historia se repite: el perseguidor sabe que no puede no encontrar. No por gusto es el perseguidor. Por eso no se angustia ni pretende sustraerse a las pasiones del laberinto, al sentimiento vivificante y totalizador que le proporciona su libro en hipertexto, su imagen paranoica. (Para esto de la paranoia y el desciframiento de las señales falsas quizás convendría consultar la *Vida de Salvador Dalí*, escrita por el mismo Salvador Dalí).

En principio –sólo en principio– el perseguidor anda tras la niña pelirroja que se va a morir de cáncer (ya perdió un ojo); o tras la mulata Miss Cuba, cuarentona de pelo «bueno» que parece blanca y que pide a gritos los primeros planos de su cámara, otra vez neorrealismo ¡qué remedio!, para esa anécdota de la colonia aún por recrear como merece otro lenguaje; o tras la pitonisa, vestido con lunas, estrellas. Asteroides, cometas y anillos de Saturno, que en el cansancio de los muertos olvidó decirle una dirección, un nombre; o tras el muchacho del pulóver con el letrado que decía *Why be normal?*, a quien conoció (en sentido bíblico) en el baño de la Terminal y que le dijo «nos vemos un día de estos». O tras un autor de un cuento jovial, un joven Maestro que está

vivo y quizás tenga algo que enseñarle sobre el desamor y la risa y los fragmentos, algo que se pueda escribir con pincel y tinta china para guardarlo siempre entre el pecho y la camisa como un chaleco antibalas o una cajita muy secreta.

Reseñas malévolas.

Confundidos en un mismo bulto, desde encima del cojín que ella hubiera preferido ocupar, los cinco gatos la miran desafiantes. No hay remedio: se sienta sobre algo tieso y casi ortopédico que parece ser un banco.

La subida ha sido ardua —«poco menos que simbólica», piensa con una breve sonrisa—, sobre todo para ella, quien intentaba leer lo escrito en las paredes que rodean la empinada escalera que conduce hasta una azotea desde donde se divisan otras azoteas con sábanas tendidas, cactus, antenas de TV y muchachos empinando papalotes. Es el dulce hogar de una vieja dama indigna —a menudo la indignidad de las viejas damas resulta proporcional a la cantidad de gatos que cultivan— y de su hijita, una chiquilla con olor a orina que se recorta el pelo ella misma con las tijeras de mamá y que, como cierto personajillo de Katherine Mansfield, lo canta, lo baila y lo dibuja todo con tal de atraerse al menos una mínima parte de la atención de los adultos.

La turba que ha trepado hasta la cima a la manera de una planta carnívora, si acaso trepan las plantas carnívoras —no sé por qué tengo la impresión de que no lo hacen, pero, en fin, debió ser un automatismo— es recibida con amabilidad e indiferencia por un ser de apariencia porcina apodado «el Troncho», especie de mayordomo de la vieja dama, aunque él asegura que sólo practican «sexo oral», no importa lo que esto signifique, y ella que no, que él es un redomado mentiroso, pues entre ellos dos no hay nada de nada. Llevan años en lo mismo y lo mismo, como el gusano

dentro de la botella con alcohol o las cucarachas que habitan en los huecos de la cocina.

Hubo un tiempo en que el asunto le preocupaba a todo el mundo. Era tónico obligado de muchos remedos de conversación, donde algunos lo calificaban de sublime y otros de ridículo. Todos aportaban detalles acerca del «matrimonio blanco» con tal de parecer informados y en posesión de algo remotamente parecido a Leonard y Virginia. En realidad ella era (es) mucho peor que Virginia y no exagero. Sin el más mínimo sentido de la privacidad ni de ninguna otra cosa, en presencia de cualquiera solía referirse al Troncho con una especie de asco donde todo su pequeño y bullanguero mundo de Centro Habana en chancletas parecía estar incluido.

Por tal razón, él, que era veinticinco años más joven, le gritaba unas grandiosas malas palabras, también en presencia de cualquiera. En eso de las atrocidades y los monstruos verbales era más imaginativo, se le podía considerar todo un creador del lenguaje. Semejante habilidad, algo inadecuada en un mayordomo, quizás la debía a que, antes de conocer a la vieja dama, cuando sólo admiraba sus fotografías en los periódicos y contracubiertas (ella, según él, se parecía de un modo sorprendente a la Gioconda), había sido un amante de la lluvia tan, pero tan desgraciado, que se juró a sí mismo no volver a «intentarlo» con un hombre. Por aquellos tiempos llegó a pretender incluso que Fabián le enseñara griego. Pero Fabián sólo lo enseñó a comportarse como una triste lombriz.

En sus momentos de cólera, el Troncho agitaba las manos cerca del pescuezo de la vieja dama con el gesto nervioso de quien desea cometer un homicidio y a duras penas se controla, pero en ese preciso instante era cuando las visitas intervenían (con un dejo de satisfacción, pero no hay que aterrarse: así son las visitas) y procuraban calmarlo. El Troncho había «recogido» a la indigna

con seis meses de embarazo y le había construido una casita, un palomar en la azotea, pues ella andaba de lo más compungida y abandonada, ya que el padre de la criatura, por una de esas ironías de la vida, había resultado ser un *gay* indeciso con profundos problemas de identidad. Pero, después de todo, ella era una figura pública que no podía permitirse semejantes escándalos.

Todo este apresurado cotilleo, más bien propio de las alegres comadres de Windsor, es ahora historia muerta; con el advenimiento de la postmodernidad junto a otros memorables sucesos, las cosas han cambiado. Las oblicuas relaciones entre la vieja dama y su mayordomo ya no le interesan a nadie.

El Troncho, melifluo y aceitado, melena larga, no pretende conocer a todos los de la turba. Sería imposible y del todo innecesario. Cada cual agarra su taza de té y su cenicero predilecto para acomodarse luego junto a los integrantes de otra turba ya instalada y muy conversadora. Muy «conversacional», podría decirse, pues aquí todo se nombra de otra manera ignoro por qué. La sacerdotisa, entretanto, ha capitulado frente al destacamento felino que defiende su espacio vital. Ahora acaricia la peluda cabeza del perro del Troncho, cuya vida, quién lo duda, debe ser tan sofocada como la de su dueño.

La hospitalidad de la casa resulta irreprochable: si alguien tiene hambre, se le ofrece arroz, pescado y un tenedor no muy derecho, aunque también se vale comer con las manos, que así lo hacen en la India y no les va del todo mal; si alguien necesita bañarse, ahí está la ducha y en ocasiones el agua, sin contar al Troncho, bien provisto de toallas con hilachas; si lo que se prefiere es dormir, ahí, tras un muro semiderribado, está la cama junto a la alfombra que comparten el mayordomo y el perro, la cual no es persa ni mucho menos y se parece asombrosamente a una frazada de piso. No hay ninguna necesidad de andar criticándolo todo, pienso, pero el ser humano es así de perverso y malagradecido.

También se pueden satisfacer ansiedades más sofisticadas, como esa, tan recurrente y contagiosa, de leer textos en voz alta, incluso a grito pelado (la azotea se presta como ningún otro sitio para el *performance* y la comedera de raspa), desde epigramas y cuentos minimalistas hasta novelas no demasiado extensas –en el caso de un «novelongo» habría que entrar a negociar el número de sesiones, pero, por suerte, los autores de «novelongs», especie en vías de extinción, no suelen interesarse demasiado por leerlos en voz alta–; se puede ejercer la maledicencia, la crítica textual o ambas a un tiempo en esa clase de ensayo tan delicioso que comienza con la puesta en evidencia de la estructura endeble del relato, de los versos colocados ahí sólo para que «suenen bien» (lo ideal es que suenen mal) o de las zonas muertas y putrefactas de la escritura, y que concluye con un detallado análisis de las canillas peludas o de la oreja izquierda del autor. Desde su tiesura, Camila advierte la presencia de los dos neutros expulsados por Fabián.

Pero eso no es todo. En un ambiente como de *parresía*; se puede conocer gente de todos los tipos, formas y colores, de todas las religiones, tendencias políticas y gustos culinarios, nacionales o extranjeros, como en cualquier refugio de la farándula, el bar Esperanza, la Bodeguita del Medio, el Hurón Azul (cualquiera de los tres lugares que se llaman así) o la Acera del Louvre, en los bajos del Inglaterra, si acaso con una leve y escurridiza preferencia por la onda *straight*; también se puede recibir psicoterapia y escuchar la fábula del poeta y la mujer fatal para no sentirse insignificante y mísero si uno alguna vez ha sido un suicida (o un asesino) frustrado; se puede entrar y salir a gusto sin mucho protocolo, martirizar a los gatos cuando nadie mira –se recomienda pegarles los bigotes y las patas con tape, defenestrarlos o llenarlos de ceniza, como se reproducen tan rápido, eliminar uno al mes constituye una excelente garantía de impunidad–, aunque ya se sabe que eso sólo lo hacen las personas muy malvadas; se puede

discutir sobre la antigüedad o la actualidad, o admirar a alguien, o contar una película, o huir definitivamente; se puede... en fin, se puede.

En algún otro sitio, quizás el Palacio del Segundo Cabo, una sala del Gran Teatro o la Casa de las Américas, lugares todos visitados en su continuo y trasnochado periplo, Camila oyó decir que esta azotea polimorfa, multipropósito y a sus horas psicodélica, gran zoo, es (o fue) uno de los Centros (?) alternativos más importantes de la ciudad en cuanto a los escritores se refiere; que allí, entre otros desdichados proyectos, se intentó incluso editar una revista, pero que todo fracasó por culpa de los mismos escritores, quienes se la pasaban acosando a la esposa —una de las mujeres más bellas que he tenido la fortuna de conocer— del dueño de la fundación que debía financiar sus travesuras; que alrededor de la vieja dama gravita todo lo que vale y brilla, pues la atmósfera es inclusiva y dada a la tolerancia— en el mundo de las letras cubanas; que para todo joven con pretensiones en ese sentido, la ceremonia de iniciación, que consiste en ser presentado con sus textos ante la corte de la real vieja, resulta un trámite ineludible (sólo eso, no importa el juicio, casi siempre generoso y que Dios me perdone, pero a veces pienso que alguien está purgando una culpa del tamaño del sol y que se esfuerza en borrar de su conciencia y de su biografía una serie de anécdotas sucias de las cuales es mejor ni hablar), pues quien se mantenga al margen de la Santa Sede corre el riesgo de permanecer en la oscuridad, en la niebla como Lucien de Rubempré, alejado de los editores, desconocido y pisoteado por todos, sin esperanza alguna de ver abrirse ante sí las puertas del dorado recinto de la gloria.

Tales afirmaciones le parecieron a la sacerdotisa, hasta entonces tan ajena al gremio escritor como le permitía la famosa frase de Terencio (de un personaje chismoso que procuraba inmiscuirse en la vida privada de su vecino en la primera escena de una comedia

de Terencio, lindo malentendido), le parecieron, decía, un tanto exageradas. Lo que se dice una hipérbole. Sobre todo porque quien las emitía era un sujeto larguirucho, parecido a una «i» sin punto y bastante enojado, quien también aseguraba ser, él mismo, el Centro del Centro, un hombre con muchísimo poder que se iba a dedicar por el resto de su vida a escribir (y publicar) reseñas malévolas sobre los libros de sus enemigos, de esos infames cuyos cadáveres esperaba ver pasar por delante de su puerta en el estilo de Al Andalus, ya que los muy necios se habían atrevido a faltarle al respeto al no concederle no sé qué premio que nadie merecía más que él.

El sujeto larguirucho era, con toda evidencia, un escritor a carta cabal, pensaba la sacerdotisa. Un ser susceptible, con vocación de centralidad, con reacciones típicas ante el más inmediato de los indicadores. Porque, para distinguir a un escritor de una persona normal, a veces no hay nada como los enredos y los chismes cruzados que suelen generar los resultados de los concursos literarios y las becas, donde algunos se erizan más que otros y uno llega a pensar que es una suerte para todos la pérdida de la costumbre del duelo entre caballeros. (En ocasiones creo que esa práctica debería recuperarse, aunque sólo fuera para dejar al gremio sangrar un poco: unas cuantas bajas tal vez no le vendrían mal y de paso aprendería a valorar la esgrima, las artes marciales, el tiro con arco, con pistola, con arcabuz y otros derivados de la cultura física). Camila, fascinada por aquel enojo «i» donde tanto había de ingenuidad y de fe en la palabra, se había preguntaba por un instante si él, con sus manos hermosas y su perfil hebreo y ennoblecido por una calvicie prematura, no sería Emilio U.

Pero no lograba imaginar al objeto de su búsqueda convertido en Centro de nada. Quizás visitaba aquella azotea, solo o mezclado con una de las turbas, para comer, dormir o bañarse, pelear con los gatos o acariciar al perro (o a la inversa, sólo que los gatos lle-

vaban nombres tales como Henry Miller, Malcolm Lowry, León Bloy o Mme. De Staël, mientras que el perro se llamaba Perro), o para leerles a todos su cuento jovial, u otras páginas seguramente también joviales, y recibir palmaditas cariñosas de la vieja dama. Quizás lo hacía con frecuencia y hasta lo consideraban un tipo simpático y todo eso, pero de ninguna manera podía ser el Centro.

La jovialidad, intuía la sacerdotisa de un modo confuso, es una condición marginal, falófora y bebedora de vino o similares. Dionisiaca se pasea, mientras la dejan (suele ser, desde tiempos inmemoriales, la primera víctima de la censura), sacando la lengua y gritando obscenidades a los presentes. No se toma demasiado en serio a sí misma ni a nada. ¿Cómo podría hacerlo con esos dos cuernecillos que le han salido en la frente y con esa cara mofletuda, sinvergüenza y cubierta de tizne? Nunca la escucharás decir «como enemigo soy malo», ni tampoco proferir amenazas: es tan descarada que se cree buena. Si te enfadas con ella, es muy capaz de soltar un par de lagrimitas con cara de «yo no fui» para ablandarte y hacer luego unas veinticuatro muecas a tus espaldas. Por ello –y por la complejidad de su política, un día verde y otro día morada– resulta difícil recuperarla para cualquier causa: cualquiera la ama o la detesta según se sienta del hígado ese día.

Escribo esto y de momento no me lo creo demasiado, pues recuerdo que a Aristófanes, autor real de varias reseñas malévolas y protagonista indiscutible de mi infeliz trabajo de diploma sobre la parodia –del cual conservo una sorprendente lista de injurias griegas encabezada por la palabrita *lakoprókton*, la cual significa «con el ojo del culo del tamaño de un abrevadero de patos»–, tampoco le gustaba perder en los *agones*: se ponía bravo, histérico, *gruñi*, completamente furioso, hecho un basilisco y más calvo de lo que ya era. La convicción decae: tal vez la jovialidad no sea tan clara y precisa. De nuevo guiña el ojo y se me desdibuja entre las manos cuando ya creía haberla atrapado. Por otra parte, ahí llega

el larguirucho, como buen Centro, al frente de una turba. Todos lo aclaman y lo saludan, lo llaman por otro nombre.

Hacia la hora de las brujas, la iluminación en la azotea es de pocos watts, amarilla casi ocre como un antiguo daguerrotipo transformado en holograma por obra y gracia de un burlón tecnológico o de Bioy Casares. La Mirada, por más que se esfuerza, no consigue abarcar todo el paisaje: muchos detalles (sombras, rostros, una mano que lleva a los labios el humo de la taza de té) se pierden en el conjunto. Cada cierto tiempo reaparecen el enano y la sirena de trapo. Emergen entre piruetas del bolsillo de alguien o de abajo del sofá. La sacerdotisa sonrío, olvida la incomodidad del asiento mientras los gatos se erizan y retroceden.

Alguien ha dicho por ahí que la azotea es un lugar infernal donde todos miran al recién llegado de una manera cuando menos agresiva, como midiéndolo para fabricarle un ataúd; lo observan y se ríen, lo señalan con el índice y vuelven a reírse, intercambian susurros al oído acompañados por misteriosos gestos que la mayoría de las veces presagian lo peor, etc. Se trata sin dudas de un procedimiento que, de repetirse mucho, puede acabar con la seguridad en sí mismo de cualquiera. Pero nada de eso es cierto, advierte Camila, debe ser otro chisme de los envidiosos. En la azotea es muy fácil pasar inadvertido: uno se sienta en una esquina, responde con monosílabos a toda tentativa de diálogo y ya, el recién llegado se diluye y así puede observar mejor. Con sus ojos grandes y parecidos a espejos.

Cada cual está en lo suyo. La vieja dama, por ejemplo, conversa con otra vieja dama de menor categoría. Le descarga todo un rosario de vicisitudes relacionadas con la menstruación, la anemia, los dolores, las mareas, la hemorragia, la fecundidad, los anticonceptivos, los partos, los abortos (por aspiración, por legrado, por accidente) y demás aventuras ginecológicas. La indigna confiesa haber visto una vez un feto lleno de sangre, atravesado con un

pincho y tirado como basura al borde de una carretera. Eso la traumatizó de por vida: toda su poesía está gravada por esa imagen, que es también su estribillo de siempre, su tema de presentación, su *Leitmotiv*. Pero la otra vieja dama no lo sabe y se horroriza, piensa que la vida de las mujeres heterosexuales puede ser muy complicada y se felicita a sí misma por ser una lesbiana consecuente. Su pareja es quizás desordenada, irresponsable, controladora y bruta, pero al menos no puede fecundarla. Camila, por su lado, aparta de un plumazo el problema de la cronología y piensa que el feto de la carretera bien hubiera podido ser el suyo, el trágicamente aniquilado Zaratustra.

Un grupito, mientras tanto, hace planes para un almuerzo campestre. Alguien promete conseguir un mantel con forma de triángulo (?) y unas naranjas. Servilletas, huevos y cucharitas. Azúcar. Mostaza. Los huevos se cocinan dentro de las naranjas vaciadas y así los huevos saben a naranja, de lo más original. Un libro de recetas, de alta cocina francesa. Al oír hablar del país galo, otro propone imitar el famoso cuadro de Manet, el desayuno sobre la hierba con el fondo iluminado por una silueta femenina que no se parece en nada a la increíble Victorine Meurent, que fue Olimpia y el muchacho del pífano y la amante del pintor y muchas cosas más.

—Porque el último de los viejos maestros era un pintor genial —añade—, fíjense en ese otro lienzo, el que se llama *Impresión, sol naciente*. ¡Yo lo adoro!

Nadie lo saca de su error, quizás porque no se trata de un error demasiado grave. A fin de cuentas, si lo comparamos con todos ellos, ¿qué importancia tiene el último de los viejos maestros? También salen a relucir el banquete de Trimalción, la novelita con recetas medio mágicas de Laura Esquivel y, por supuesto, el almuerzo lezamiano, lo cual los deriva inevitablemente hacia el tema de la cocina cubana con su tradición y sus inventos y Nitza

Villapol, hacia la empanada de yuca rellena de fricasé de langosta floridana, servida con una salsa de ajicito cachucha, hacia las masitas de puerco adobadas al estilo habanero con salpicón de yuca, hacia la langosta enchilada sazónada con tomillo y pimienta gorda al estilo de Santiago de Cuba, hacia el rabo encendido con fufú de plátano, hacia la vaca frita al mojo agrio con plátanos pintonos. Camila, quien ni siquiera había oído hablar de semejantes artefactos, se sorprende mucho y se avergüenza en secreto de las porquerías que Fabián y ella suelen comer.

También hay un español, una especie de hidalgo catalán que se muestra fascinado por el mundo cruel de Terenci Moix y también es dueño de una clínica psiquiátrica en Barcelona. En voz muy alta hace la promoción de su terapia, la cual consiste literalmente en enseñar a los pacientes a escribir poesías. Sólo se les da el alta cuando consiguen escribir un buen poema. Se les permite escoger entre la rima y el verso libre, siempre y cuando no se comporten de un modo demasiado vanguardista. El gran jurado lo integran los médicos, las enfermeras, las hermanitas de la caridad y, por supuesto, el dueño, quien ahora se propone publicar la primera antología de los locos, donde la ficha de cada poeta es un resumen de su historia clínica. Tal es la razón de su visita a Cuba, donde cree que podrá encontrar un espacio editorial adecuado. La sacerdotisa supone que el Dr. Schilling jamás aprobaría semejante método. Pero ella le teme a su propio cuerpo, sobre todo con la llegada de la noche, con las sombras exteriores que le han caído encima para recordarle que ya es la hora de tomar algo.

La hora de tomar algo coincide con la hora de volver a casa. Ella sabe ya que ninguno de los presentes es Emilio U porque hace un rato los ha escuchado hablar de él. El editor italiano con cara de Giuseppe lo ha catalogado de jovenzuelo insolente que pretende hacerse el original con eso de meter un cuento dentro de otro: en Europa ya a nadie le interesa leer esas cosas y el criterio europeo

es y seguirá siendo el más importante en materia de creación. El crítico *gay* norteamericano lo ha encontrado demasiado «literario», falso, alambicado y *snob*, y además, ¿quién puede creer en un maricón que, en lugar de escribir de de su propio punto de vista maricón, se pasa para el bando contrario y asume tan tranquilo un montón de estereotipos opresivos? La poetisa negra, eco de Franz Fanon en el Caribe, ha recordado que Emilio, aunque lo parezca, tampoco es un blanco y que hace muy mal en comportarse como si lo fuera y en no interesarse para nada por la cuestión de la negritud. El Centro del Centro ha dicho que Emilio es un microbio ignorante que no sabe nada sobre la noche de las tres «p» y otras noches trascendentales, que flota de manera irresponsable como la mayoría de su generación y aun así pretende disputarle su condición de Centro, a él, que le abrió el camino hacia las revistas de la Unión de Escritores y le presentó a tanta gente necesaria. La feminista noruega lo acusa de misoginia y de estrechez mental, de ser un grosero que se escuda en la ironía y el chistecito en su afán discriminatorio con tal de no ver las cosas como son. El tartamudo conferencista lo tilda de baboso y de escritor moderno, de carente de algo impreciso que no podrá tener jamás aunque se case con una extranjera y se pase el resto de su vida viajando de un lado para otro. El funcionario del Partido asegura que nadie entiende lo que ese tipo escribe y que la publicación de sus textos es, en su opinión, una muestra palpable de que en Cuba, amor, la censura no existe.

Camila, sin despedirse de nadie, desciende con cuidado la tenebrosa escalera. Tal vez nunca llegue a leer los letreros. No sería la primera vez. ¿Dónde se esconderá él? Porque con esa habilidad que tiene para enemistarse con todo el mundo, para irritar a gentes tan distintas entre sí, lo mejor que puede hacer es ocultarse de vez en cuando, salir de circulación. No se atreve a preguntarle por él a ninguna de esas personas que le inspiran miedo por lo seguras

que parecen estar de sus criterios. «Son fanáticos», hubiera dicho Fabián. Por un par de segundos ella se siente en la obligación de defender a Emilio, de encontrarlo enseguida y tocarlo y hablarle para protegerlo de toda esa gente siniestra y aseguradora de cosas, pero luego piensa que no es necesario. No sería tanto lo que ella podría hacer: tal vez servirle de espía, de agente secreto en la retaguardia del enemigo. La sacerdotisa sabe que los demás no se cuidan de ella, que dicen cualquier cosa en su presencia, que ni siquiera la ven. Pero la jovialidad es muy capaz de valerse por sí misma, por algo Emilio es el Maestro. Nadie puede hacerle daño *de verdad*. «Yo lo amo», piensa. «Yo lo amo tal vez porque es el opuesto de Homero, porque está vivo y lo desprecian y quieren desterrarlo de siete ciudades».